



Capítulo 339 - Tianlong en una zona de guerra (1)

En una sociedad matriarcal donde las mujeres ostentaban el poder, los hombres como ellos se aferraban desesperadamente a cualquier autoridad que pudieran alcanzar.

Ver a alguien como Tianlong, alguien que claramente había sido reclamado por la propia «Campeona Bestia» Sabrina, encendió en ellos algo mezquino y territorial.

Pero a Sabrina no le importaba en absoluto lo que esos hombres pensarán.

Al verlos llegar, sobre todo teniendo en cuenta que eran «hombres», Sabrina supo que lo más probable era que estuvieran allí para entregar algún mensaje.



El clan principal rara vez enviaba representantes masculinos a las familias secundarias, a menos que fuera para demostrar la jerarquía, para recordar a los clanes menores cuál era su lugar.

Revolviéndose el pelo con frustración, apretó la mandíbula y espetó: «¿Qué hacen aquí los del clan principal? ¿Después de comportarse de forma tan lamentable y «quitarme» mi recompensa?».

Al oír sus palabras, ambos delegados gritaron al unísono, con voces agudas de indignación y celos mal disimulados. «¡Señorita Sabrina! ¡Fue usted quien huyó de la recompensa, insultando a nuestra matriarca! Y ahora que hemos venido aquí para darle una última oportunidad de acompañarnos, ¿cómo se atreve a actuar como si fuera todopoderosa y a presumir de su marido de esta manera, «desnudo»?»



Al oír eso, Sabrina se sonrojó de ira. «¡Qué demonios! ¡Él no es mi marido!».

Ante eso, ambos delegados se miraron, y sus expresiones pasaron de la indignación a algo más calculado.

Respiraron profundamente antes de que uno de ellos extendiera la mano, sosteniendo un pergamino ornamentado sellado con el escudo del clan principal.

«Toma. Coge esto. Esperamos que entiendas lo que es».

Sabrina le arrebató el decreto de la mano y, al desenrollarlo, sus garras casi desgarraron el pergamino. Sus ojos recorrieron la elegante escritura y, con cada palabra, su boca se contraía con más fuerza.

En él se decía que se retiraba de la recompensa de la competición.

Y como compensación por no poder pedir lo que quisiera a la Matriarca —la recompensa que se había «ganado»—, se le concedería un «sencillo viaje» a la isla de Menland Massage para disfrutar de unas vacaciones de seis meses.

Su boca se crispó violentamente mientras murmuraba: «¿Qué tontería es esta?».

Estaba conmocionada. Esta compensación le afectó más de lo que esperaba.

Había abandonado la competición que había «ganado», renunciando a su recompensa, que consistía en pedir «cualquier cosa» a la Matriarca.



Naturalmente, habría pedido que ella la entrenara personalmente, el mayor honor que cualquier miembro de la familia secundaria podía recibir.

¿Pero ahora? ¿Recibía un aviso del clan principal diciéndole que se fuera de vacaciones y se acostara con algunos hombres en lugar de venir a reclamar la recompensa que le correspondía?

¿Qué tipo de «tontería» era esa?

—¿Puedo verlo? —Antes de que pudiera decir algo mordaz, la voz de Tianlong la interrumpió, tranquila y analítica.

Dio un paso adelante, con la mano apoyada casualmente en la cintura. Su cuerpo era musculoso, firme, esculpido como el de un dios. Su polla de veintitrés centímetros colgaba libremente, aún brillando levemente.

«¿No es demasiada coincidencia que estas personas llegaran en el momento en que tú regresaste a la familia secundaria?».

Hizo una pausa, dejando que las palabras calaran.

Su mirada se desplazó hacia los dos delegados y se dio cuenta de inmediato: la forma en que sus ojos no dejaban de mirar hacia abajo, comparándose con él.

La forma en que apretaban la mandíbula cuando miraban a Sabrina y luego volvían a mirar su pene.

Pequeños hombres patéticos con pequeños egos patéticos, aferrándose a una autoridad prestada porque no tenían nada más.



«Lo más probable es que fuera tu tía quien los llamara».

Al oír eso, los rostros de ambos hombres palidieron. Sus bocas se crisparon y sus ojos se agrandaron mientras miraban al hombre que acababa de hablar con tanta audacia. Uno de ellos balbuceó: «¿De qué estás hablando?».

Era como si se les hubiera atragantado la lengua.

Sin embargo, sus palabras no parecieron suficientes, ya que miraron a los ojos de Sabrina, que entrecerró la mirada con recelo, tratando de controlar su compostura y no delatar la sospecha que él había arrojado sobre ellos.

Pero Tianlong era un bastardo; probablemente nunca se habían visto antes...

Él se rió entre dientes, con un sonido grave y peligroso, mientras los pinchaba. «¿Qué pasa? ¿He dado en el clavo? ¿O es que están distraídos por lo que tienen...»

"insignificante"?».

El rostro del delegado más alto se sonrojó, mezclando rabia y humillación. «¡Tú...!».

Sabrina levantó lentamente la mirada, entrecerrando sus agudos ojos de tigre mientras se fijaba en ambos delegados. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que se le marcaron los colmillos.

«Bastardos», murmuró, con una voz que se convirtió en un gruñido depredador.



Ahora se daba cuenta. Se trataba de otra trama de Meilin. Su «tía».

La mujer que había sido capturada hacía solo unas horas estaba confabulada con el clan principal liderado por Tianlong.

La ira recorrió sus venas, ardiente y violenta, sobre todo porque no había sido capaz de verlo venir. De hecho, había pensado que este decreto era legítimo, procedente del propio clan principal.

«¡Cómo te atreves!».

En un instante, las manos de Sabrina se lanzaron hacia delante. Sus garras se cerraron alrededor del cuello de ambos hombres, levantándolos del suelo sin esfuerzo.

«¡KHWACK... COF... URGHH...!».

 Tosiendo y ahogándose, pataleaban inútilmente en el aire.

«¡P-para! ¿Sabes siquiera lo que estás haciendo?».

 logró decir uno de ellos entre jadeos.

Sabrina apretó con más fuerza, cegada por la furia. Su cuerpo temblaba de rabia mientras apretaba con más fuerza, sintiendo cómo sus tráqueas se colapsaban ligeramente bajo sus dedos.

Mientras ella los mantenía en el aire, Tianlong recogió con indiferencia el decreto que ella había dejado caer. Lo leyó lentamente, con expresión divertida.





Luego se rió entre dientes y levantó la vista para ver a los dos hombres colgando en el aire, sujetos por el mortal agarre de ella.

Levantó una ceja, con tono seco. «Vaya. Eres muy fuerte... lo suficientemente fuerte como para matar a los delegados del clan "principal"».

Al oír eso, el cuerpo de Sabrina se estremeció violentamente. Sus ojos se clavaron en él, muy abiertos por la sorpresa. «¿Qué? ¿No dijiste que eran "falsos"?».

Tianlong negó con la cabeza, con expresión tranquila. «Dije que era una coincidencia que hubieran llegado aquí. No dije que fueran falsos».

Al oír sus palabras, su boca se crispó. Miró a los dos hombres: tenían los ojos cerrados, los rostros morados y los cuerpos flácidos.

«Muertos».

Los había matado.

Sus manos se abrieron por reflejo y ambos cadáveres cayeron al suelo con un ruido sordo. Intentó controlar su furia, respirando entrecortadamente y con dificultad.

Sus garras temblaban mientras apretaba los puños y cerraba los ojos con fuerza.

Tianlong chasqueó los dedos.





Al instante, una tela negra cubrió su cuerpo: una lujosa túnica negra bordada con hilo de oro, como si la hubiera tejido un dios perverso y lujurioso y se la hubiera regalado directamente a un emperador. Ahora tenía un aspecto majestuoso, imponente.

Luego, con indiferencia, se guardó el decreto en el bolsillo.

Sabrina abrió los ojos de par en par y lo miró con ira. No le importaba lo que hiciera con esa maldita cosa. Pero antes de que pudiera hablar, Tianlong dijo, con tono despreocupado: «Entonces, ¿deberíamos ir al clan principal a pedir la recompensa que están dando como "compensación"?».

Sabrina apretó la mandíbula y negó lentamente con la cabeza. «Es imposible. Sería ilegal, contra las reglas. Y la Matriarca ya está en un nivel al que nadie puede oponerse, ni siquiera diez personas como yo».

Tianlong ladeó la cabeza, con sus ojos carmesí y dorados brillando con picardía. «Entonces, ¿y si... conseguimos votos para demostrar que toda la competición estaba amañada? ¿Hacemos que todo el mundo exija que se repita?».

Sabrina lo miró con ira, con voz aguda. «¿De verdad crees que los demás son tontos? ¿Por qué iban a hacer eso?».

Tianlong sonrió con aire burlón. «¿Acaso no han perdido de todas formas? Esta sería su oportunidad de recuperar la confianza. ¿Qué sugieres?».

Sabrina se mesó el pelo con frustración, dejando que algunos mechones le cayeran sobre la cara mientras exhalaba un profundo suspiro. «Da igual».

Tianlong levantó una ceja y la observó con atención.





Ella continuó, con voz teñida de resignación. «Porque aunque pudiéramos perseguirlos, no participarían, especialmente los gatos. Están lidiando con disputas internas y batallas contra la tribu de los conejos. Ambos clanes están ocupados enfrentándose entre sí».

Cruzó los brazos bajo el pecho, empujando inadvertidamente sus pechos contra la tela de su túnica. «Dado que los gatos están bajo el quinto círculo interno, su participación en la competición es importante. Naturalmente, eran los que teníamos más posibilidades de convencer».

Apretó la mandíbula mientras continuaba. «Pero ahora, con el territorio fronterizo compartido en el límite con el cuarto círculo interior, lo que genera constantes disputas entre ambas tribus... están demasiado ocupados como para preocuparse por una votación competitiva».

Tianlong pensó por un momento, entrecerrando sus ojos rojo dorados. Parpadeó y luego dijo lentamente: «Entonces, ¿quieres decir que si queremos que se vuelva a celebrar la competición principal del quinto círculo interior, necesitamos el apoyo de los gatos?».

Sabrina lo miró, moviendo ligeramente sus orejas de tigre. «Más o menos. Pero no del todo. También necesitamos los votos de otros clanes. Mencioné a los gatos porque son mucho más fáciles de manejar en comparación con los demás».

